Publicaciones de la Sección Chilena del Congreso por la Libertad de la Cultura

10 (624-3)

9

El Fracaso de la Colectivización Agropecuaria en Rusia

Por CARLOS DE BARAIBAR

SANTIAGO - 1954

La presente conferencia fué dictada a fines del pasado mes de Enero, en la "Sala de la Libertad" de la Sección Chilena del Congreso por la Libertad de la Cultura, y publicada después en el número correspondiente a Abril-Junio de la revista "Estudios sobre el Comunismo", que gentilmente nos ha facilitado su edición en separado.

Dos causas nos indujeron a prepararla entonces.

Una, la realidad de que —gracias a la perturbada situación creada en la URSS por el fallecimiento de Stalin— por primera vez se disponía en Occidente del material mínimo necesario para demostrar, de manera IRREFUTABLE, el penoso nivel de vida a que sigue sometida la masa de aquel desdichado pueblo, fundándose exclusivamente en críticas y datos procedentes de las más altas fuentes oficiales de la Unión. La excepcional gravedad del caso no puede escapar a ninguna conciencia honrada, ya que esto se ha evidenciado a los treinta y seis años del triunfo de una terrible revolución, justificada en esencia por dos razones también: terminar con "la explotación del hombre por el hombre" y satisfacer ampliamente las necesidades del pueblo, organizado en clase única, metas que la propaganda comunista, mendazmente, viene dando por realizadas desde hace años en Rusia.

La otra causa que nos impulsó a salir por los fueros de la verdad —demostrando la trágica incapacidad del régimen establecido en Moscú— fué la creciente "sans façon" con que la mayoría de los huéspedes de honor del submundo sovietizado aceptan y difunden, como realidad generalizada, lo que se dignan mostrarles las autoridades rusas de hoy con el mismo cinismo de que hicieron gala sus antecesores antaño para engañar incluso a Catalina la Grande, su emperatriz, haciéndola atravesar toda la Santa Rusia envuelta en una suerte de cuento de las Mil y una noches, y es de suponer que burlándose en lo íntimo de su credulidad infantil.

Este sistemático falseamiento de la tragedia del pueblo ruso constituye una de las más abominables farsas de que jamás hubo memoria. Porque estando hoy en juego —como nunca— el porvenir todo del mundo, no hay disculpa para atenuar la frivolidad con que gentes obligadas a actuar responsablemente testimonian sobre lo que sólo han conocido de modo tan imperfecto. La alternativa sería que tergiversan conscientemente la verdad, lo que todavía es peor.

Casualmente, en la época en que todos los periódicos y radios de Rusia comentaban las abrumadores datos y críticas en que se basa nuestra conferencia, demostrativos de que la masa vive hoy allí peor que en los últimos tiempos de los Zares, numerosos huéspedes de nota visitaban el país y sus satélites, compartiendo el opíparo tono de vida que se suelen reservar sus explotadores de hoy. Pues bien: ni uno solo de los agradecidos panegiristas del oprobioso régimen soviético ha hecho la menor alusión a los estensísimos informes y a los centenares de artículos y comentarios radiales difundidos desde Agosto a Diciembre en Rusia sobre su grave penuria en artículos de primera necesidad. ¿Qué consideración han de merecer a cualquier conciencia honrada quienes eluden referirse a los temas predominantes en la prensa y la radio del país que han visitado, para dedicarse a contar historias que de tal modo los contradicen? Una de dos: o no se enteraron de nada, o falsean a sabiendas lo que vieron, para servir al neo imperialismo ruso o a la revolución comunista, si aún estiman, en su insólita credulidad, que tal sea hoy el objetivo final del Kremlin. Pero, en el primer caso, ¿cómo no se apresuran, avergonzados, a documentarse, lo que ahora es relativamente fácil ya a este respecto concreto de la crisis agropecuaria, para corregir honradamente el mal que han contribuído a hacer? Por desgracia, su empecinamiento inclina, pues, a estimarlos menos ingenuos de lo que han podido parecer antes a los mejor enterados.

Ahora bien: las informaciones procedentes de las mismas fuentes soviéticas en las semanas últimas, no sólo ratifican lo expuesto en nuestra conferencia sino que todavía ensombrecen más el ingrato panorama que se desprende de ella. En efecto, lejos de haberse cumplido las promesas y esperanzas de Malenkov y de haber dado resultado las directivas inspiradas en las críticas de Kruchtchev, la situación agropecuaria rusa en Febrero era harto peor aún que en Agosto. No se había podido cumplir el plan en cuanto a forrajes y habilitación de establos, con lo que se había producido una gran mortandad en la ganadería, dado lo extremadamente duro del invierno recién pasado. Tampoco se ha podido superar rápidamente la ineficacia de la burocracia soviética en cuanto a eficiente distribución de las máquinas y mejora de los métodos de cultivo. Y aunque miles de dirigentes políticos y sindicales de la ciudad —incompetentes por definición, técnica y psicológicamente— han caído como nueva langosta sobre el agro, los campesinos no han reaccionado como parece que se esperaba, en vista de que nada ha cambiado en lo fundamental para ellos y que ya no tienen la ingenuidad de los comentaristas soviéticos y los visitantes de marras, para pagarse en promesas.

Al presente, la agricultura es el talón de Aquiles del régimen imperante en la URSS. Y todo parece indicar que mientras que la industria pesada siga llevándose allí la parte del león, no hay posibilidad de simultanear su ritmo actual con el acrecentamiento del de la agricultura y las industrias ligeras hasta la altura necesaria para que el pueblo ruso empiece a poder equipararse con los pueblos verdaderamente bien desarrollados del fementido Occidente. El dilema —como era tan natural en pueblo tan atrasado— es éste: o Moscú renuncia a sus sueños de dominio universal o la cortina de hierro tendrá que seguir ocultando indefinidamente a los pueblos sovietizados la superioridad material que ya se había logrado también en regímenes amantes de la libertad y de la dignidad humana.

Abril de 1954.

EL FRACASO DE LA COLECTIVIZACION AGROPECUARIA EN RUSIA

Los economistas y, en general, los comentaristas de la actualidad internacional especializados en el análisis del desarrollo del mundo sovietizado, van a tener mucho que hacer y no poco que meditar en los meses venideros. La Unión Soviética, en efecto, atraviesa por una delicada crisis que, para la generalidad, empezó a ponerse bruscamente de relieve al fallecimiento de Stalin; que se agravó inquietantemente al fracasar las medidas de emergencia adoptadas para mitigarla, en orden a satisfacer rápidamente parte de las más elementales necesidades del pueblo ruso en cuanto a alimentación, vestuario y habitación, y que, finalmente, ha obligado a los supremos dirigentes soviéticos a planear un cambio en la orientación de su economía, que representa la total condenación de la política económica de Stalin y, a la larga, la execración de su nombre. Por algo apenas si éste aparece ya en la prensa comunista, tan dócil seguidora de la "línea" impartida por Moscú, y, en cambio, "Pravda", "Comunista", "Komsomol" y demás monitores de la propaganda soviética en el orbe, exaltan ahora el principio de "la dirección colectiva" frente a la concepción monárquica autocrática tradicional en Rusia, tan cruel y celosamente practicada por Stalin.

Para éste, era indiscutible la necesidad de mantener una rígida dirección unipersonal sobre el Partido Comunista de la Unión y, a su través, sobre el Estado ruso, en tanto no se hubiera implantado en el mundo entero el comunismo, lo que en su boca equivalía a decir —ya en plena guerra mundial— el imperio universal de la Santa Rusia. A tal respecto son inequívocamente aleccionadoras las confidencias de Stalin a su sobrino favorito Boudou Svanidzé, recogidas por éste en "Stalin me dijo", libro tanto más digno de leer y de hacerle crédito cuanto que jamás hay en él la más mínima censura para quien ya en 1942 incluso deseaba abolir el famoso Politburó, para imperar más a sus anchas.

Por lo mismo, a nadie extrañó que, a la muerte de Stalin, Malenkov apareciera como su heredero y, en calidad de tal, Presidente del Gobierno y Secretario del Partido, siendo destacadas preferentemente sus palabras por "Pravda" y comenzando a publicarse fotografías trucadas en prueba de su predestinada primacía, como antes se había realizado con Stalin. El 9 de Marzo, por ejemplo, "Izvestia" insertó una foto de Stalin y Malenkov con una niña, y el 10 "Pravda" volvía a la carga con otro grabado "compuesto" en el que Malenkov aparecía en compañía de Stalin y de Mao Tse Tung, exactamente igual que antes se había hecho con Stalin respecto a Lenin.

Sin embargo, este conato de deificación sólo duró una semana. El 14 de Marzo se reunió el Comité Central del Partido Comunista de la Unión y el 21 se supo que Malenkov había dejado "voluntariamente" sus funciones de Secretario del Partido, que es el puesto desde el cual Stalin labró su increíble omnipotencia. Y en la reunión del siguiente día, a proposición de Beria, el Partido aprobó la designación de Malenkov como Presidente del Consejo de Ministros, no volviendo a hacerse más propaganda unilateral de él. En lo sucesivo se exaltó al triunvirato Malenkov-Beria-Molotov, dándose igual importancia a los dos "primeros vicepresidentes", que al Presidente del Consejo, hasta la fulminación de Beria, hecha pública el 10 de Julio.

En el intermedio hubo una fase oscura, de la que algún día se sabrán cosas terribles, ya que alguna de las resonantes medidas de fines de Abril y principios de Mayo —amnistía parcial, rehabilitación de los "médicos asesinos", eliminación de Ignatiev y cambio de la Dirección del Partido en Georgia— apareció firmada por Beria y no por Malenkov. Pero desde que éste se impuso a su rival, probablemente gracias a la ayuda o por presión del ejército, empezó a destacarse el principio de la "dirección colectiva" como norma para la U.R.S.S. y, consecuentemente, para todas las organizaciones a ella enfeudadas, con inevitable descrédito para la política y el nombre de Stalin, casi totalmente eliminado ya de la prensa comunista.

Mas no es de estos interesantísimos —pero en parte todavía muy oscuros— aspectos netamente políticos de lo que vamos a ocuparnos ahora, sino de cuestiones esencialmente económicas, con tanta más razón cuanto que

aparecen mucho más claras hoy ya que —si hemos de seguir en algo a las concepciones marxistas— es la infraestructura económica la que hace cambiar, conforme a sus exigencias, la superestructura política.

Nuestra conferencia de hoy, en efecto, va a referirse principalmente a la situación de la agricultura y la ganadería en la U.R.S.S., conforme se desprende de los informes suministrados sucesivamente por el Presidente del Consejo de la Unión, señor Malenkov, y por el Secretario del Partido Comunista ruso, señor Kruchtchev, publicados respectivamente por "Pravda" en los días 9 de Agosto y 13 de Septiembre últimos. Ahora bien: como ambos demuestran una completa quiebra de la política de colectivización forzosa de la agricultura rusa lanzada por Stalin en 1929, que vino a cortar brusca y fatalmente la relativa mejora experimentada durante la "Nueva Política Económica" decretada por Lenin en 1921, resulta inexcusable resumir las vicisitudes sufridas por el agro ruso desde el período inmediatamente anterior al golpe de Estado bolchevique, que, en nuestra modesta opinión, truncó los destinos de la revolución rusa, preparando el camino para la contrarrevolución encarnada por el imperialismo nacional comunista propugnado más tarde por Stalin.

LOS CAMPESINOS RUSOS EN LOS ULTIMOS TIEMPOS DE LOS ZARES.

Aunque la Rusia de los Zares había emprendido, en los albores de este siglo, el camino de la industrialización, todavía en vísperas de la revolución de Octubre el 85% de su población eran campesinos. Su situación había llegado a ser desastrosa después de la bien intencionada abolición de la servidumbre, decretada por Alejandro II en 1861, en gran parte por el fracaso de los "mirs" en la ordenación de la explotación y distribución de la tierra. Comprendiendo que tal realidad era inhumana y arruinadora para la nación, o empujado por la revolución de 1905, Nicolás II se lanzó a una reforma agraria en 1906, sobre cuyas modalidades no interesa entretenernos ahora. En cuanto a sus primeros resultados, nos reduciremos a señalar que la producción y exportación de trigo experimentaron un considerable aumento. En efecto, comparando los datos del último quinquenio anterior a la reforma agraria de Nicolás II con los del primer quinquenio posterior a su aplicación, la producción de trigo aumentó en el 37,5% y la exportación en el 77,1%, llegando a representar ésta cerca de cuatro millones de toneladas anuales, término medio, valoradas en 722 millones de francos-oro. Estas cifras —**que nunca ha logrado alcanzar como porcentaje de mejora ningún plan posterior a la revolución**— están tomadas de la obra de Edmond Théry "La Transformation Economique de la Russie", publicada en 1914, y exenta por consiguiente, de pasión pro o contra el comunismo. Sin embargo, la condición del campesino ruso continuaba siendo deplorable así tanto en el orden material como en el cultural, aunque hubiera comenzado a mejorar sensiblemente con respecto a la de sus antepasados.

LA REVOLUCION DE OCTUBRE Y LA AGRICULTURA.

Veamos ahora cómo ha evolucionado la agricultura desde el golpe de Estado tan audazmente dirigido por Lenin y Trotski al frente del exiguo Partido Comunista (bolchevique) ruso.

En la histórica y enfebrecida noche del 8 al 9 de Noviembre de 1917, el Congreso Panruso de los Soviets de obreros, soldados y campesinos, sesionando en el Instituto Smolny en medio aún del fragor de la lucha armada, aprobó un decreto en el que se decía: "Todas las tierras del Estado, de la Corona, de los monasterios y de las iglesias, de los mayorazgos, de los propietarios privados, de las comunidades campesinas y de los campesinos, son apropiadas sin indemnización; pasan a ser propiedad del pueblo y sólo quienes las trabajen tendrán derecho a sus beneficios". Con ello, 150 millones de hectáreas fueron distribuidas entre los campesinos, exceptuándose las propiedades en que existe un alto nivel de explotación, que quedarían como modelos en manos de la colectividad.

Unos meses después, en Julio de 1918, el Consejo de los Comisarios del Pueblo, es decir, el actual Consejo de Ministros de la Unión Soviética, aprobó un primer crédito de cien millones de rublos para organizar la producción agrícola colectiva. Paralelamente empezaron a dictarse disposiciones para suministrar maquinarias y ahorros a las cooperativas. Aquel exiguo crédito se elevó a mil millones en Noviembre, comenzando en seguida a ser

mentar un sistema de estímulos para la co-
ctivización.

Como la colectivización espontánea diera
pero de sí —por preferir el campesino la po-
sesión directa, individual o familiar de la tie-
ra, que es el sueño de la inmensa mayoría de
os campesinos— Lenin tomó en mano la
uestión en Febrero de 1919, dictando una ley
a propósito de "la reglamentación socialista
e la distribución de las tierras y de las me-
idas para pagar a la agricultura socialista".
Su objeto era "poner fin definitivo a la ex-
plotación del hombre por el hombre y orga-
nizar la agricultura sobre base socialista, sa-
cando ventaja de todas las conquistas de la
ciencia y de la técnica". La disposición era
muy detallista y en ella se especificaba tex-
tualmente **que la economía colectiva no sería**
impuesta sino que se desarrollaría libremen-
te, principio confirmado por el VIII Congre-
so Panruso de los Soviets, en Diciembre de
1919. Damos estos detalles porque es aquí
donde comienza la larga y sangrienta batalla
por la colectivización del agro ruso, y para
destacar que Lenin era partidario de ella,
naturalmente, pero oponiéndose de manera
terminante a su aplicación por la fuerza, que
es lo que hizo después Stalin, como veremos.
Por ello, en el Primer Congreso de las Coo-
perativas de producción agrícola, celebrado
en aquel mismo Diciembre de 1919 en Moscú,
Lenin afirmó vigorosamente: "nos encontra-
mos ante millones de economías diferentes —
aludiendo a las infinitas explotaciones agrí-
colas particulares de la U.R.S.S. de enton-
ces—. Sería verdaderamente estúpido pensar
que se podrían transformar, de cualquier mo-
do, por una orden, por una acción exterior";
y confiaba —agregó en ese mismo discurso—
en que jamás se cometería el abuso de impo-
ner la colectivización por la fuerza.

Lenin cumplió al pie de la letra su palabra.
Era un convencido de las ventajas que se pue-
den obtener de la colectivización científica-
mente dirigida. Pero su realismo le hacía ver
claro que esas posibles ventajas se verían
anuladas en la práctica por los perniciosos
efectos de la imposición de una ley y un sis-
tema incompatibles con los sentimientos y el
atraso de los campesinos soviéticos. Y decid-
mos que esta actitud liberal de Lenin debió
ser fruto de su formidable sentido de lo po-
sible y no de su respeto hacia el sentir ajeno
porque, en nuestra opinión, Lenin, aunque
menos cruel y antojadizo, era tan poco respe-
tuoso de la opinión extraña como Stalin. Pe-
ro cualquiera que fuera el móvil de su actitud,
la verdad es que respetó en vida la libertad
del campesino ruso para aceptar o no la co-
lectivización, estimando que el mejor camino
para llegar a ella era el estimulamiento de
las cooperativas, y que se tardaría dos gene-
raciones enteras, quizás, en conseguirlo. Y así,
a la muerte del fundador de la U.R.S.S., en
1924, sólo el uno por ciento de las explotacio-
nes agrícolas existentes en la U.R.S.S. es-
taban colectivizadas.

EL "COMUNISMO DE GUERRA" Y LA "NUEVA POLITICA ECONOMICA".

Las dificultades que se acumularon en con-
tra de la supervivencia del régimen soviético
durante los primeros años fueron enormes,
como nadie ignora. Es lógico que todas las
ramas de la economía nacional quedaran li-
teralmente deshechas, sin que pudieran ser
excepción la agricultura y la ganadería. Com-
prendiendo Lenin que con el llamado "comu-
nismo de guerra", la U.R.S.S. quebraría de-
finitivamente, su realismo inveterado parece
que se fué inclinando a una atenuación del
sistema, decisión que debió precipitar el he-
roico levantamiento de los marinos de Krons-
tadt frente al régimen que habían ayudado a
instaurar no menos heroicamente.

A propósito de aquéllos, la infidencia esta-
linista ha escrito mil imposturas. Pero la
verdad es que los marinos implacablemente
aplastados por Trotski y Tujachevski eran, en
su inmensa mayoría, revolucionarios convi-
cientes procedentes del campesinado, que re-
presentaban el último baluarte de una revo-
lución libertaria, frente a la traición perpe-
trada por el Partido Comunista bolchevique
al transformarla en la dictadura de un par-
tido, concentrada en su Comité Central y, en
rigor, sólo en Lenin y su camarilla: Trotski,
Zinoviev, Kamenev, Krestinski, Radek, Molo-
tov... y, en modesto lugar aún Stalin, aun-
que ya entre el grupo principal.

Los marinos de Kronstadt pedían elecio-
nes libres, libertad de prensa, la abolición de
los privilegios que iban acumulando los bol-
cheviques, libertad de los prisioneros de los
diversos partidos revolucionarios, igualdad de
ración para todos los obreros, restablecimien-
to de la pequeña industria y del pequeño co-
mercio libres, supresión de las requisas en el
campo... En una palabra, vuelta al sentido

liberador sin el que cualquier revolución no es más que una sangrienta tiranía más.

Los bolcheviques aplastaron sin misericordia a los hombres libres de Kronstadt, como por aquellos mismos días aplastaban a los campesinos ukranianos del movimiento libertario de Machno y, poco antes o después, a los patriotas de Ucrania, Georgia y cuanto país de la U.R.S.S. tomó en serio las ofertas hechas a las nacionalidades del viejo Imperio de los Romanov por Lenin y Stalin, en los albores de la dictadura bolchevique. Pero comprendiendo que había que dar marcha atrás o perecer, Lenin se lanzó en Marzo de 1921 a la experiencia de lo que se llamó la NEP, es decir, la "Nueva Política Económica". Se suprimieron las odiadas requisas, substituyéndolas por un impuesto en natura; se abolió el monopolio estatal sobre los cereales; se garantizó a los campesinos la propiedad de sus bienes y la libertad para comerciar con el fruto de su trabajo, una vez pagado el impuesto; se puso fin al régimen de confiscaciones; se reabrieron los mercados públicos; se legalizó la propiedad de millones de explotaciones campesinas... La industria continuó nacionalizada, pero la agricultura y el comercio interior recobraron libertad de acción. Con ello Lenin salvó a Rusia de otro espantoso cataclismo, evitando que un inorgánico levantamiento general de los campesinos barriera con su revolución.

Los efectos de la NEP fueron prodigiosamente tangibles. Los campesinos volvieron a trabajar, con redoblada fe, capacitándose paulatina pero eficientemente. Y si no se estableció en ellos una era de prosperidad fué porque la industrialización se realizó con tan soberana incompetencia, a pesar de su notoria extensión, que el precio de costo de los productos manufacturados subió mucho más que lo correspondiente al correlativo fenómeno mundial. Pero los campesinos rusos —y la masa de la población con ellos— empezó a comer cuando menos.

En medio de una curva ascendente hacia la prosperidad, en lo que a la agricultura, la ganadería e industrias derivadas se refiere, Stalin, por motivaciones fundamentalmente políticas, resolvió jugar la carta de la colectivización forzosa de la agricultura, en Diciembre de 1929, aunque todavía en Mayo de 1928 había dicho, con su dobiez habitual: "Sería una imbecilidad expropiar a los Kulaks". Y determinó que la colectivización había de estar terminada en 1933 en todo el ámbito de la U.R.S.S.

COMO IMPUSO STALIN LA COLECTIVIZACION.

La colectivización se llevó a sangre y fuego. Según autorizados estudios realizados para valorar su costo en vidas humanas, cinco millones de familias de campesinos desaparecieron, asesinados unos, por hambre otros, transplantados brutalmente muchos a los peores campos de trabajo de Siberia y el Asia Central. Tal es el cálculo hecho por un celebre sabio ruso —Procopovich— sobre estadísticas oficiales de la U.R.S.S. Una feroz hambruna se extendió por el país, recordando los peores años de las luchas internacionales y civiles de los comienzos del régimen. En cuanto a los resultados en la ganadería, he aquí la comparación entre las existencias en 1928 —penúltimo año de la NEP— y 1933 en pleno "tiempo de la colectivización", tan aparatosamente ensalzada en un memorable artículo de Stalin publicado en Marzo de 1930:

	1928	1933
	Millones	
Vacas	30,7	19,6
Caballos	33,5	16,6
Carneros y cabras	146,7	50,2
Chanchos	26	12,1

Las bajas, pues, entre el período de relativa prosperidad de la NEP y ese maravilloso tiempo de la colectivización staliniana, fueron del orden del 37% en vacas; el 50% en caballos; el 66% en carneros y cabras, y el 54% en cerdos. Estos datos están tomados del "Libro de estadísticas sobre el ganado en la U.R.S.S. de 1916 a 1938", publicado en Moscú en 1940.

No hay tiempo en una sola conferencia, de seguir paso a paso la suerte de la agricultura y la ganadería rusas durante los 23 años transcurridos desde que Stalin decretó la hecatombe de los "koulaks". Forzoso es, una vez señalado el desastre que supuso su inmolación a mano armada, saltar hasta el período actual. En el intermedio han transcurrido veinte años justos. Durante ellos, hasta la muerte de Stalin, no hemos oído más que maravillas en loanza de los resultados alcanzados en "coljoses" y "sovjoses". Sin embargo, vamos a ver que la realidad era

ser otra. Señalemos únicamente, antes, que la razón que impulsó esencialmente a Stalin a desencadenar esta catástrofe fué su odio a los campesinos, al comprobar que no podría dominarlos de otro modo.

Los bolcheviques, en efecto, se hicieron relativamente pronto con los obreros, dominando arteramente los sindicatos, transformados prestamente en simples correas de transmisión del Comité Central del Partido Comunista, porque estando aglomerados en los grandes centros de producción les era posible ahogar pronto, en último término, cualquier conato de protesta, como se aplastó a los marinos de Kronstadt. Pero la imposición a rajatabla y uniforme de las "consignas" del Politburó no podía aplicarse a los 25 o 26 millones de hogares campesinos que había dispersos por toda la inmensidad de la U.R.S.S. en 1929. Era necesario concentrarlos, proletarizarlos y esclavizarlos para tenerlos completamente en mano. Al arrancarlos de la tierra propia para hacer de ellos siervos del omnipotente Estado, Stalin podía respirar tranquilo y empezar a sentirse efectivamente dueño y señor de la Unión Soviética.

Los campesinos, como eran una fuerza dispersa, inculta y desarmada, tuvieron que someterse. Pero su desesperanza y su rebeldía latente se manifestaron en la única forma que podía manifestarse: no rindiendo más que lo suficiente para no ser exterminados por el hambre o por el látigo, a pesar de los rudos esfuerzos hechos para cohibirlos por la muchedumbre de burócratas encargada de dirigirlos, que con su incompetencia, manifiesta en muchos casos, fué otra de las causas de la actual quiebra agropecuaria de Rusia.

Pasemos a analizar ahora la situación agropecuaria actual en la Unión Soviética.

LA CRISIS ECONOMICA EN LA U.R.S.S.

Desencadenada la guerra fría entre 1947 y 1948, y después las guerras de objetivos limitados, tipo Grecia o Corea, para provocar una crisis económica en Occidente y tantear la efectiva voluntad de resistencia, no podía demorar Stalin, que fuera, al contrario, la U.R.S.S. la primera en resentirse. Esta fué la consecuencia, sin duda, de la carrera de armamentos provocada por Stalin y agravada con la guerra de Corea, todo lo cual hizo concentrarse excesivamente a Rusia en la producción pesada y especialmente en la de armamentos, con no poco desprecio de las necesidades cotidianas de la masa de la población soviética.

El Boletín de la Asociación de Estudios e Informaciones políticas internacionales —que sigue con gran cuidado estos problemas, basándose esencialmente en fuentes de información oficiales u oficiosas soviéticas— así como otras publicaciones especializadas, ya venían registrando indicios de esa crisis económica rusa desde principios de 1952, asegurando entonces, sobre la base de los datos estadísticos oficiales rusos de 1951, que la U.R.S.S. no podía continuar, sin riesgo, el mismo ritmo de desarrollo económico que en los años precedentes. Después, el comunicado oficial sobre la ejecución del plan para 1952 (publicado por la prensa rusa el 23 de Enero de 1953) confirmó la previsión.

Los datos incluídos en él demostraban, en efecto, que el decrecimiento del ritmo de la producción rusa afectaba en general a la industria y a la agricultura, en los más diversos aspectos: volumen de producción, productividad, rentas de los asalariados y de los "coljoses" y renta global nacional. Se destacaba, como particularmente mala, la situación ganadera. Ese comunicado no daba cifras absolutas —cosa que no se puede hacer corrientemente en la U.R.S.S., donde todo es secreto de Estado—, sino referencias de porcentajes que demostraban considerables déficits en el cumplimiento de los aumentos previstos en el plan.

Para no cansar inútilmente, no voy a dar detalles, ya que los datos que suministraré después son más elocuentes aún y, probablemente, más verídicos, porque nadie se habría atrevido a decir antes, durante la vida de Stalin —como no hubiera sido él— lo que en el año pasado han dicho Malenkov y Kruchchev, quienes, a su vez nadie sabe si han revelado la verdad completa.

Se había hecho perceptible ya, por consiguiente, desde fines de 1952, que la economía soviética desfallecía bajo el peso aplastante del rearme y que se hacía inevitable para la U.R.S.S. escoger no ya entre cañones o mantequilla, sino entre cañones y pan. Pero hasta sus últimos momentos Stalin siguió implacablemente aferrado a su política de aumentar a toda costa la capaci-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

dad militar de su país, reafirmando sus tesis en el trabajo publicado en Agosto de 1952, que tuvo que ser aceptado y loado sin reservas, como todos los que escribió después de su deificación en vida. No había salida, pues: o se asesinaba al déspota, o Rusia tenía que seguir haciendo frente al creciente efecto del rearme intensivo sobre el nivel de vida de la masa. Así las cosas, sobrevino providencialmente para los rusos el fallecimiento de Stalin.

La enorme preocupación que tenían que sufrir los dirigentes soviéticos por el conocimiento de esta situación, y el desencadenamiento de un súbito deseo de mejora, que debió surgir entre las masas a la muerte del autócrata, crearon esa tensión que se apoderó de la U.R.S.S. al expandirse la buena nueva. Es lo que explica mejor las extrañas reacciones primeras de sus sucesores, de que fueron elocuente muestra aquellos desconcertantes comunicados que se publicaron a la muerte del tirano, previniendo "contra el pánico" y "la desbandada", seguidos lo antes posible de actos propiciatorios como los decretos de amnistía y, poco más tarde, las promesas de rápido aumento en la producción de alimentos y bienes de consumo en general y una baja de precios, que se decretó el 31 de Marzo. Pero esta resolución, no justificada —como tampoco lo estuvo la anterior— por un aumento de la producción, no podía hacer sino agravar la insatisfacción de la masa, al encontrarse con una mayor cantidad de dinero en mano, pero con insuficiente cantidad de vestidos, calzados y alimentos que comprar. Según los cálculos de los economistas occidentales que se han especializado en estas cuestiones, el pueblo ruso se encontró en esta época con una capacidad de compra aumentada en unos 81.000 millones de rublos. De ellos 53.000 millones por lo que representaban las bajas de precios decretadas el 31 de Marzo de 1953. Y unos 28.000 millones procedentes de lo que la misma situación representó en 1952, ya que un empréstito forzoso de Mayo de 1952, por un año, habían absorbido íntegramente el excedente causado por la baja de precios de 1951. A partir, pues, del 1.o de Abril de 1953, los rusos podían destinar 81.000 millones de rublos —lo que equivale al 11 o el 12% de la renta nacional— para mejorar su nivel de vida; pero sin existir en el mercado nuevas cosas en que invertirlos. Es como si aquí nos encontráramos con unos 30 ó 35.000 millones de pesos más para gastar, pero sin más cosas para adquirir.

Ante esta situación, Malenkov y sus colaboradores podían hacer tres cosas:

A) decretar un nuevo empréstito forzoso para reabsorber íntegramente esos 81.000 millones de rublos. Pero esto hubiera agravado al límite la tensión y por ello sólo se decretó un empréstito interno de 15.000 millones de rublos.

B) finiquitar sinceramente la guerra fría y derivar parte del inmenso aparato industrial dedicado a armamentos a la inmediata producción de artículos de consumo. Pero esto hubiera significado la iniciación de una sincera política de paz y colaboración con Occidente, cosa que no puede patrocinar Moscú, por definición, y que probablemente no podría resistir sin riesgo de rápida desintegración de su Imperio y total hundimiento del régimen soviético. Tampoco cabía, pues, destinar al consumo inmediato los "stocks" acumulados para "casus belli".

C) quedaba una tercera solución a mano: apretar aún más las clavijas a los países satélites, despojarlos hasta el límite de sus bienes de consumo y derivar hacia la U.R.S.S. una creciente cantidad de su producción, para poner más artículos a disposición de los rusos. Y esto es lo que se hizo, con la complicidad de los gobiernos comunistas locales, pero no sin gravísimas repercusiones, ya que el nuevo empeoramiento del nivel de vida de los satélites fué causa de la insurrección de los checos a primeros de Junio, al ver que una llamada reforma monetaria había reducido de golpe al 50%, en números redondos, su capacidad de compra. Y a esta sublevación siguió en Julio la de los obreros de Berlín y la Alemania Oriental, teniendo también que darse marcha atrás en Hungría y otras partes.

POR QUE SE SUBLEVAN LOS OBREROS EN LOS SATELITES.

La prueba documental de esto se encuentra en las propias estadísticas oficiales rusas. De un lado, las referentes a la producción demuestran que en 1953 la agricultura y la industria, en general, o no cumplieron el plan o lo lograron cumplir muy justamente. Consecuentemente, las ventas al público sólo podían aumentar en un 4 a un 5% sobre las del año anterior. Sin embargo, aumentaron

...de el 15% en el primer semestre y en el 23% ...re el segundo, en comparación con el ante... ...ior año (1952). ¿Cómo es posible que sin au...mentar la producción más que, a lo sumo, en ...el 5%, puedan aumentar las ventas en el ...25%, estando prácticamente sin stocks acu...mulados (fuera de los militares), por ser la ...producción insuficiente antes y todavía hoy? ...No tiene más explicación que el saqueo de ...los satélites. Pero como los obreros de éstos ...han reaccionado en la forma vigorosa que se ...extremo hasta lo heroico en el caso de los ...checos y los alemanes, de aquí que Malen...kov y sus colaboradores se encontraran en ...una difícil situación a mediados del pasado ...año, no cabiéndoles otra solución que reorien...tar la producción para satisfacer parte de ...las necesidades del pueblo, que carecía de ...muchas de las cosas necesarias, teniendo no ...obstante —para mayor irrisión—, unos 65.000 ...millones de rublos disponibles para comprar.

Habíamos dicho que esta suma se estimó ...en 85.000 millones. De ellos hay que restar ...20.000 millones reabsorbidos por el empréstito interno del 25 de Junio, y unos 5.000 millones que es el valor calculado de las mercancías arrebatadas como extra a los satélites, quedando, pues, 65.000 millones).

Había que reorientar la producción decíamos, concediendo más al sector de las industrias para el consumo que lo reservado anteriormente, corrigiendo de este modo la obsesión de Stalin en sacrificarlo todo a la producción de bienes de establecimiento y armas. Y así comenzó la correspondiente campaña de propaganda y "consignas", rompiendo el fuego "Pravda", el 8 de Julio, con un editorial en el que se prometía ampliar la producción de mercaderías para la población en más de 20.000 millones de rublos en un año, por encima de lo previsto en el plan. Siguió la campaña, y el día 17 del mismo mes, se reiteró la promesa, pero ya oficialmente, por un comunicado de la Dirección Central de Estadística de la U.R.S.S. Sin embargo, las industrias no podían mantener el ritmo de crecimiento de 1952, siendo peor aún la situación en la agricultura y más grave todavía en la ganadería. Las dificultades parece que se acumularon por todas partes y motivos: cansancio y desilusión de la masa; ineptitud burocrática; mala correlación en los planes particulares y aún falta de jóvenes especialistas. En efecto, ese mismo comunicado oficial del 17 de Julio de 1953 señalaba que el número de egresados de las escuelas profesionales había ido descendiendo paulatinamente de 623.000 en 1949 a 320.000 en 1952 y sólo 100.000 en 1953. La causa no puede ser más dramática: son las generaciones "vacías" que corresponden a la espantosa matanza de campesinos realizada veinte años atrás por Stalin para imponer la colectivización. ¡No se "liquida" impunemente a cinco millones de familias campesinas entre 1929 y 1933! ¡Lo menos que puede suceder es que luego falten jóvenes técnicos en la agricultura, en 1950 y 1953!

Para hacer frente momentáneamente a la situación en algunos de los aspectos más desesperados, la U.R.S.S. hizo grandes compras de alimentos en el extranjero, a partir de la insurrección de los obreros checos y alemanes. De un primer envión, 20.000 toneladas de manteca belga, holandesa, australiana y neozelandesa. En seguida, grandes cantidades de carne y de conservas. De todo ello informaron los diarios en el segundo semestre del pasado año. Pero no es con tan débiles paliativos como podría arreglarse definitivamente situación tan lamentable.

MALENKOV PROMETE LA ABUNDANCIA UNA VEZ MAS.

El 8 de Agosto último, el Presidente del Consejo de Ministros de la U.R.S.S., señor Malenkov, pronunció un extenso discurso ante el Soviet Supremo. Es la primera voz de alarma seria que se escuchó públicamente en la U.R.S.S. sobre la auténtica situación alimenticia, para quien sepa leer entre líneas. Pero todavía no es una confesión de fracaso como la que implícitamente había de hacer cinco semanas más tarde Kruschtchev, sino más bien una promesa que quiere ser tranquilizadora, después de advertido el mal (página 10).

Según la traducción del discurso de Malenkov, publicada en el N.º 400 de "France Nouvelle", semanario central del P. C. francés, Malenkov dijo: "tenemos la tarea urgente de alcanzar en nuestro país, sobre la base del impulso general de toda la agricultura y de la consolidación de los "koljoses" desde el punto de vista de la organización y de la economía, en los dos o tres años próximos, una abundancia de víveres para la población y de materias primas para la industria ligera" (página 10).

"La tarea consiste en disponer, en los dos o tres próximos años, de una cantidad suficiente de artículos alimenticios, de artículos

manufacturados, a fin de que sea posible comprar todas las mercaderías necesarias en cada pueblo, en cada distrito" (página 14).

Y todavía en otro pasaje, que es ocioso repetir, hace la misma promesa.

Inmediatamente la prensa rusa tomó pie de este discurso para desencadenar una oleada de optimismo y otro comienzo de exaltación de Malenkov, una vez descartado de la escena Beria. De nuevo el mismo lenguaje ridículo, desmedulado, casi diríamos monjil, con que tantas veces se ensalzó al autócrata fenecido, poniendo en boca de barbudos campesinos y encallecidos obreros frases que jamás pronunciaron gentes viriles y rudas. Por ejemplo, en "Izvestia" del 16 de Agosto, bajo el título —tan siútico— de "Una fina lluvia tibia", se trata de reflejar la impresión del discurso de Malenkov y sus promesas en las "stanitsas" o aldeas, nada menos que de los cosacos del Kubán. Los bravos chúcaros de la estepa se agrupan alrededor de los altavoces y escuchan el discurso del sucesor de Stalin. Uno espera que, si quedan entusiasmados, demuestren su alegría a tiro limpio, comiéndose un caballo al palo o de cualquier otro modo compatible con la tradición cosaca. Pero no. Cuando se hizo el silencio, después de la tempestad de aplausos con que los serviles del Kremlin adulaban a Malenkov, en las "stanitsas" de marras se oía volar las moscas. Y dice "Izvestia": "fué solamente dos o tres minutos después cuando alguien dijo con acento soñador:

—Esto es como una fina lluvia tibia.

Y todos movieron la cabeza para aprobar.

—Muy justo. ¡Continúa Igor Ivanovich!

Igor Ivanovich Mecheriákov —sigue "Izvestia", el carpintero de la brigada del "coljós" "Estrella Roja", se levantó:

—Todos los labradores saben —dijo— que hay en verano una lluvia especial: tibia, serena y eficaz. Si llega a caer en un atardecer, entonces, al mirar a la mañana siguiente la naturaleza, no se la reconoce: es la misma, pero se diría que no es igual. Cada hierbecilla se yergue, demostrándose su fuerza. El pájaro canta más sonoro y meloso que en la víspera. Y todo crece, elevándose hacia el cielo...

Kamenev, secretario del Comité de distrito del Partido (no el "otro", claro es, el liquidado en 1936 por Stalin) ojea mi bloque de notas de corresponsal y me susurra:

—Escucha bien. ¡Vosotros los literatos, no llegaréis nunca a creer cosas como ésta! ¡Qué imagen más poética!

—Nosotros también, los "coljosianos" continúa Mecheriákov como nuestros "coljoses" después de esta tibia lluvia, vamos a crecer todos de tal modo que el mañana no nos reconocerá a nosotros mismos. ¡Acordaos de lo que os digo! Gracias de toda nuestra alma a nuestro partido y a nuestro gobierno. Lo que nos da no se perderá: nosotros trabajaremos ganando fama".

Y sigue interminable el artículo, interviniendo, uno tras otro, toda la insólita cosecha, tan poética, tan estúpida...

En otro artículo de la "Komsomolskaia Pravda", del 22 de Agosto, después de revelar —consciente o inconscientemente— la desesperación que reinaba en el campo y la fuga hacia las grandes ciudades, el autor dice que "la vida mejor para todo el pueblo, que nuestro gobierno está en tren de organizar a todo vapor, asestará un nuevo golpe a los capitalistas norteamericanos que se envanecen de su riqueza... Esto es más terrible (para ellos) que la bomba de hidrógeno". Podríamos citar infinitos artículos por el estilo.

EL INFORME DE KRUCHTCHEV.

Y así continuaron las loanzas sobre la base de las simples promesas de Malenkov, incluso durante la primera semana de Septiembre último, hasta que, de golpe, en uno de esos misteriosos cambios que de cuando en cuando surgen en la tenebrosa atmósfera del Kremlin, la decoración experimentó la más sensacional mutación.

De repente un día —exactamente el 13 de Septiembre— "Pravda" y con ella toda la prensa soviética, publicó un enorme documento (que casi ocupaba cuatro páginas de aquel diario) con este título proporcional en extensión: "De las medidas para el desarrollo ulterior de la agricultura de la U.R.S.S.— Resolución adoptada por la asamblea plenaria del Comité Central del Partido Comunista de la U.R.S.S., adoptada el 7 de Septiembre de 1953, según el informe del camarada N. S. Kruchtchev". Y dos días después, el 15, toda la prensa publicó el todavía más enorme trabajo del Secretario principal del P. C. ruso. Nadie había sabido nada respecto a reunión tan trascendental; ni sobre las razones por las que se tardó ocho días en publicar las resoluciones referidas; ni tampoco, la causa por la que el informe básico de ellas apareció más tarde. Ni menos, para terminar, acerca de los debates a que diera lugar todo ello, durante los cuatro días

que, al parecer, sesionó a cencerros tapados el Comité Central del Partido. Como sea, quedó cortada en seco la campaña de loanzas promovida por las promesas de Malenkov, y ya no ha vuelto a ser exaltada su figura por la senda de la deificación que recorrió tan triunfalmente Stalin, aun cuando siga sonando como el primero, en especial en cuanto atañe a la política internacional. Pero tampoco ha habido ningún ensayo de exaltación de Kruchtchev, ni siquiera del trio Malenkov-Kruchtchev-Molotov, en substitución del Malenkov-Beria-Molotov de las primeras semanas posteriores al fallecimiento de Stalin. La gloria del cambio supuesto por la resolución tomada sobre el informe de Kruchtchev recayó sobre el conjunto del Comité Central, haciéndose primero una edición de cinco millones de ejemplares de las resoluciones y, dias después, otra del informe completo del Secretario principal del Comité. Al parecer, ésta fué la señal para iniciar la era de la **dirección colectiva**, de la responsabilidad colectiva, frente al carácter autocrático de la dirección en la época de Stalin.

EL DESASTRE DE LA GANADERIA RUSA.

Ahora bien: ¿en qué consiste, en esencia, el informe de Kruchtchev? Ante todo y sobre todo, en una crítica aplastante del régimen estaliniano, como jamás estuvo en condiciones de hacerla ningún enemigo de él. En efecto el actual Secretario principal del Partido Comunista ruso, para demostrar lo grave de la presente situación agropecuaria de la U.R.S.S., ha encontrado admisible incluso evocar la época del zarismo, para deducir la neta inferioridad del régimen de hoy al respecto. He aquí, literalmente, el pasaje más trascendental del impresionante informe en este particular:

"Voy a citar datos —dice Kruchtchev— sobre los efectivos de la ganadería en la U.R.S.S. (en millones de cabezas al principio del año, en los territorios comparados):

	Ganado vacuno	De ellos, vacas	Cerdos	Carneros y cabras	Caballos
... ...	58,4	28,8	23	93,3	38,2
... ...	66,8	33,2	27,7	114,6	36,1
... ...	54,5	27,8	27,5	91,6	21,0
... ...	56,6	24,3	28,5	109,9	15,3

Este cuadro cuidadosamente silenciado por la prensa comunista occidental, y del que no hablan nunca los visitantes complacientes de la U.R.S.S., es anonador para Stalin y su régimen.

* * *

Advirtamos previamente, para acabar de comprender su aterradora significación, dos cosas. Una, que la población actual de los territorios comparados —a juzgar por las cifras del último censo que se hicieron publicar este año— será unos 30 millones superior a la de 1915. Segundo, que como los soviéticos y sus secuaces falsean constantemente las estadísticas, sólo se las puede creer al cien por ciento cuando son favorables para sus enemigos y desfavorables para ellos. Esto da mucha verosimilitud a este cuadro, si bien debe advertirse que probablemente la comparación con el zarismo en 1916 no es del todo leal, pues ya llevaba el país entonces más de un año de guerra desgraciada. En un palabra: aun es posible que la realidad sea peor. Y desde luego, el cuadro todavia resultaría más catastrófico si estableciéramos los porcentajes teniendo en cuenta el aumento de población. Porque, por ejemplo, para que hoy la U.R.S.S. tuviera igual número relativo de vacas lecheras que en 1916 (cuando poseía casi 29 millones de cabezas), debería contar con unos 35 millones de vacas, cuando sólo registra Malenkov menos de 24 millones y medio. Suponiendo que rindieran igual cantidad de leche —y luego veremos que esto es otro desastre en general— habría hoy un déficit de más de diez millones de vacas (cuya producción es tan esencial para los niños, enfermos y demás consideraciones que nadie ignora) en vez de solamente un déficit de un millón 800.000, deducido de los datos de Kruchtchev.

Analicemos ahora un poco estas cifras Tomándolas en conjunto vemos que en 1916, es decir, en los tiempos aún de Nicolás II y en momentos críticos para el régimen, tenían un nivel dado, que el mundo contemporáneo juzgaba insatisfactorio para la masa de la población.

Vinieron después los trágicos años de la revolución, la intervención aliada y las guerras civiles. El país pasó una hambruna feroz, siendo de suponer —pues no existen estadísticas serias del período— que estuviera a punto de desaparecer la ganadería. En vista de la situación creada durante el que se llamó comunismo de guerra (en manera alguna imputable sólo al régimen, para ser justos) Lenin, como vimos, dió marcha atrás y decretó la "Nueva política económica". Los campesinos se sintieron libres y, como por ensalmo, la ganadería dió un salto gigantesco en tres o cuatro años, pasando, del abismo a cifras netamente superiores a las de la época de los Zares, y que ya **nunca pudo superar después la U.R.S.S.** Sólo hay una baja durante la NEP, en el ganado caballar, disculpable por el comienzo de la mecanización del campo y el uso de tracción automóvil en los transportes.

A continuación, la grave caída registrada por las cifras de 1941. En el intermedio Stalin había aplicado brutalmente la colectivización forzosa, liquidando a cinco millones de familias, clasificadas como "kulaks" cuando la verdad es que no había más de un millón de campesinos acomodados en la U.R.S.S. Entre 1928 y 1941, aunque Stalin sintió que se le subía a la cabeza el triunfo de la colectivización, vemos que había en Rusia 12,3 millones menos de bovinos, de los cuales 5,4 millones eran vacas; las ovejas y cabras bajan en 23 millones de cabezas y en algo más de 15 millones los caballos. Sólo el ganado porcino se mantiene sencillamente igual.

Pasan estos doce años de pleno triunfo hipotético de la colectivización. Se escriben decenas de miles de artículos ensalzando sus progresos y se pronuncian tantos o más discursos sobre la abundancia en la U.R.S.S. y sus satélites, que han visto (con gafas de aumento, pues...), sus agradecidos visitantes. Pero el hombre medio de Rusia —del País de los Trabajadores— dispone de menos ganado, es decir, **de menos carne y leche, que quienes, desesperados, fueron a lo mejor lucirán.** Hoy —con muchos millones de habitantes antes más— como se ha visto—hay 18 millones vacunos menos y, lo que es peor, cuatro millones y medio menos de vacas que hace 25 años!, y casi 23 millones menos cabezas. Han mejorado las existencias en ganado menor (pero no si consideramos el aumento de la población), registrándose cinco millones y medio más de chanchos y 13,6 en cuanto a caprinos. Y aún para esto hubo que dictar leyes obligando a criarlos en casas particulares, en lamentables condiciones de promiscuidad.

LAS CRITICAS DE KRUCHTCHEV.

El informe de Kruchtchev —a juzgar por lo publicado— debió ser muy duro en su forma primitiva, al hacerse cargo de esta catástrofe provocada por la colectivización forzosa y la liquidación de millones de familias campesinas. Kruchtchev debió bramar de indignación al resaltar que hoy, después de treinte años de **triunfo** de la colectivización estaliniana y con doce o quince millones de consumidores más, hay diez millones menos vacunos menos que con la libertad relativa de la Nueva política económica; casi cuatro millones menos de vacas; como cuatro millones menos de ovejas y cabras, y cerca de veinte millones menos de caballos. Sólo en chanchos hay, en números absolutos, 800.000 más que en 1928.

Kruchtchev debió ser muy duro, en efecto, por cuanto que en el informe público aparecen párrafos como este, al referirse a las pérdidas en número de caballos, justificable en cierta parte como ya dijimos:

"Si la economía hubiera estado correctamente dirigida, la disminución de los efectivos caballares habría permitido aumentar de manera considerable, el número de animales de estabio productivos. Sin embargo —dice Kruchtchev— esto no se ha producido año en año, los planes del Estado concernientes al acrecentamiento del ganado no se han cumplido". ("Komsomolskaia Pravda" 13 de Septiembre).

El Secretario general del Partido Comunista, en tren de sinceridades amargas por el momento, no vacila en destacar varias veces el retroceso sufrido en relación con los tiempos del zarismo. En efecto, en otro pasaje

"El insuficiente aumento en el número de vacas explica también el hecho de que en regiones desde hace tiempo consagradas a la producción de mantequilla para la venta se produzca actualmente menos que antes. En Siberia, por ejemplo —agrega— en 1913 se producían 75.000 toneladas y en 1952, 65.000". El caso es tanto más grave —subrayamos nosotros ahora— porque en Siberia no se han sufrido directamente los horrores de la guerra y porque en los cuarenta años transcurridos desde 1913, los progresos de las industrias lácticas han sido extraordinarios en el desmentido Occidente.

Ahora bien: como era de esperar —dadas las mañas habituales de los dirigentes rusos— no todo podía ser sinceridad en Kruchtchev, al menos en la versión dedicada al público: **la verdad desnuda es demasiado trágica en la U.R.S.S. para que pueda expresarla** ningún dirigente actual, ni siquiera para celebrar el haberse liberado de la pesadilla que para todos y cada uno suponía la supervivencia de Stalin. De aquí que el propio Kruchtchev haya faltado a la verdad (y por eso advertimos que sólo se les puede empezar a creer cuando anuncian sus reveses) en este otro párrafo del lato informe:

"Sobre la base de los "coljoses" y los "sovjoses" aumenta la productividad de la agricultura socialista, la cantidad de mercaderías que suministra. Así de 1926-27 a 1952-53, la producción de mercaderías agrícolas ha aumentado, en cereales, de 10 millones a 40,4 millones de toneladas... en carne (peso vivo) de 2,4 millones de toneladas a 5 millones; en leche, de 4,3 millones a 13,2".

Ahora bien: ¿cómo es posible que si el número de vacas lecheras ha disminuído en la cuarta parte desde la época de la NEP, la cantidad de leche puesta a la venta haya podido triplicarse ahora? Si esto no es falso, la única explicación sería demasiado horrible, ya que sólo podría suceder el milagro por uno de dos procedimientos:

a) arrebatando al campesino todo lo producido, o poco menos;

b) aumentando mucho el rendimiento por vaca.

Pero en otro pasaje de su a ratos sincero informe, Kruchtchev dice, literalmente:

"Una situación particularmente intolerable se ha creado en lo que concierne a la productividad lechera del ganado en diversas regiones y repúblicas". Y el Secretario General del P. C. enumera una larga lista de zonas —que no repetimos para no cansar— en las que el rendimiento por vaca ¡no llega a dos litros diarios por cabeza!

CAUSAS DE LA CATASTROFE.

Al asomarse cautelosamente al auténtico fondo del problema, Kruchtchev suministra, sin embargo, una explicación clara de la quiebra de la ganadería y, en rigor, de toda la agricultura y, en general, de la producción de bienes de consumo, justificando las críticas de quienes han estudiado a fondo el caso sin necesidad de pisar el sagrado suelo de la Santa Rusia para ser allí víctimas de un colosal engaño o de un grotesco caso de espejismo. Por ejemplo, en cuanto al caso de la producción ganadera, es decir, al suministro de carne, leche y derivados, Kruchtchev dice:

"Sin haber resuelto el problema de los forrajes es imposible obtener un aumento intenso de la productividad del ganado. No nos podemos resignar —añade— a que desde ya más de diez años los rendimientos anuales en leche de los "coljoses" no pasen de 1.000 a 1.070 kilos por vaca. **Esto es absolutamente intolerable**". (Nótese que esto representa **menos de tres litros diarios por vaca, en la totalidad de los "coljoses" rusos**).

Por lo que respecta al problema general, la culpa ha estado —según Kruchtchev— en haber concentrado la principal atención en desarrollar al máximo la industria pesada, es decir (agregamos nosotros), en el rumbo imperialista decidido por Stalin, con sus "juegos de guerra" consiguientes: "guerra fría", "guerras de objetivos limitados", no desmovilizar, carrera armamentista a todo trapo... Stalin impuso este ritmo a los anglosajones y a Occidente, en general, para intimidarlos y proseguir su expansión, cuando ellos habían desmovilizado —en prueba aplastante de buena fe y amor práctico a la paz— apenas acabó la guerra mundial número dos. La alternativa acariciada por Stalin era ésta: o se me entregan, o el peso del rearme desencadenará la crisis. ¡Esa crisis prevista como fatal en los ya anacrónicos esquemas de Marx y Engels! Pero la crisis no estalló en Estados Unidos, sino —como estamos viendo— en Rusia.

El remedio que propone Kruchtchev —enlazando así con el prometedor discurso de Malenkov se encuentra, en substancia, en

esta frase de su discurso, mucho más cauta que el optimismo futurista derramado por el Presidente del Consejo de la Unión:

"la tarea más urgente y la más importante de la economía nacional en la etapa considerada —o sea en los próximos años— consiste en aun continuando el desarrollo por todos los medios de la industria pesada, obtener un acrecentamiento rápido de todas las ramas de la agricultura".

¿Podrán realizar este milagro?

No lo sabemos, ni nos interesa ahora, ya que no estamos reunidos aquí para delirar en torno al futuro, sino para comprobar las realidades del ayer y el hoy de la U.R.S.S. corrigiendo, a lo sumo, el delirio de los que ven y no se enteran, o de los irremisiblemente ciegos.

Kruchtchev parece poner mucha ilusión en la corrección de otras causas importantes que han contribuido a la catástrofe, además de la orientación imperialista impresa por Stalin a la U.R.S.S. de la que no pueden zafarse sus seguidores sin riesgo de liquidación total: por ejemplo las contenidas en este pasaje-clave:

"Pero hay todavía otras causas del retraso
" en una cantidad importante de ramas de
" la agricultura, causas que han echado raí-
" ces gracias a los defectos de nuestra acti-
" vidad, a los defectos en la dirección de la
" agricultura, es decir, a causas que depen-
" den de nosotros mismos.

"Entre éstas está, ante todo, el atentado
" que se ha producido en numerosas ramas
" de la agricultura, al principio del interés
" material". Y, a continuación, Kruchtchev se extiende en demostrar lo que tantas veces se ha probado en la propia Rusia: que la agricultura no puede prosperar en masa si no se atiende a las verdaderas necesidades de los propios labradores y éstos no tienen el estímulo de explotar paralelamente su parcela propia. Si agregamos a esto —que es lo más esencial— los otros males que señala Kruchtchev: incompetencia de la dirección, burocratismo asfixiante; insuficiencia y pésimo uso de la maquinaria..., queda explicado el absentismo que ha acabado de poner en semejante crisis a la agricultura soviética. Los campesinos se desesperan y una de dos: o no producen o abandonan en cuanto tienen ocasión la tierra, después de matar todo el ganado que pueden beneficiar y de talar los frutales para leña...

¿HAY ESPERANZA?

Habrá quienes imaginen —y vamos a concluir— que hemos sentido viva satisfacción al preparar esta demostración (sin necesidad alguno de hacer de turista-títere por la U.R.S.S.) de la total quiebra de la agricultura soviética.

Nada más lejos de la realidad.

Primero, por el tremendo problema humano que esto encierra. Sentimos la más honda simpatía por el pueblo ruso, tan inicuamente tratado por ese régimen que culmina en los campos de trabajo —algunos de ellos de auténtico exterminio—, de los que nunca se acuerdan los turistas o los congresistas "pro Paz".

Segundo, porque hemos visto maravillosos resultados en nuestra pobre España, con la colectivización voluntaria, por cierto, saboteada allí por los comunistas, que incluso llegaron a romper la unidad en la acción de las organizaciones sindicales de la tierra, orientadas hacia la colectivización libre, para albergar en una federación campesina fantasma a lo más reaccionario de los propietarios fascistas opuestos a la República democrática. En Chile hay testigos que no me dejarán mentir.

Quienes no creemos en el capitalismo no podemos aceptar que la colosal quiebra probada por cuanto acabamos de ver significa la condenación, para siempre y en todas partes, de cualquier método de explotación colectiva de la tierra. Lo que ha fracasado y fracasará siempre, es el comunismo a la rusa. En una palabra: la imposición de un tipo cualquiera de economía sobre la base de pisotear la libertad y la dignidad humana.

El drama que vive al respecto Rusia, agregado a los desastres experimentados por Alemania, Italia y Japón, prueba, en última instancia, que el totalitarismo no da dividendos. Y ésta es una razón más —aunque no la principal— para que renovemos exaltadamente nuestra fe en la libertad, en la democracia y en la supremacía del hombre sobre cuanto creó su genio: máquinas. Estados, todo cuanto hay sobre la tierra.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
1 - JUN 1954
Secc. Control y Cat.